

El gorrito del Moai

RELATO SOBRE IMPRESIONES DE MIS VIVENCIAS EN RAPA-NUI

DEL 28 DE ABRIL AL 2 DE MAYO DE 2011



Sitios por donde estuve haciendo fotos

Cuando llegué a la Isla de Pascua sólo sabía que era una isla pequeña en forma de triángulo isóceles con un lado mayor de 25Km mirando al sureste y lados iguales de 18km, uno al norte y el otro casi al oeste, tan pequeña que no cabe un río. Por cualquier medio, ya fuera libros de texto, televisión o películas, esta isla siempre ha sido motivo de noticias, todas ellas singulares, que hablan de un sitio mágico donde en otros tiempos se dio una cultura singular totalmente separada del resto del mundo. Para mayor misterio, apenas se sabe que dicen las expresiones gráficas culturales y la ciencia se muestra incapaz de dar explicaciones coherentes.



Con todo, uno llega cargado de expectativas al visitar la isla. Tras unos días en la isla, me sorprendió el clima tan cambiante pero maravillosamente plácido. Normalmente primaveral. Si hace sol al mediodía se crea un ambiente veraniego siempre suavizado por una dulce brisa que solo en ocasiones se torna más ventosa. La lluvia es intermitente y cuando menos se espera pero lo hace con la gracia de los paraísos, suavemente, con gotas livianas y sin llegar a la exageración, así que no es necesario el uso de paraguas, simplemente se vive como una bendición caída del cielo. Una lluvia como gusta en mi pueblo: un calando suave que empapa la tierra sin erosiones. A lo largo del día, se van sucediendo las nubes, la lluvia, el viento, el sol, la sombra, en un devenir que no cesa, sin que predominen unos sobre otros. Así está la isla, toda verde, al menos así es como yo la viví.

La otra curiosidad es lo caro que está todo, en ocasiones hasta 4 veces más que en cualquier otro sitio, algo normal si tenemos en cuenta que con tanto turismo casi todo lo traen del continente que está a 5 horas de vuelo. Ya podrían sembrar todo tipo de frutas y verduras, seguro que daría a la isla un buen futuro. La guayaba es una prueba clara de la fertilidad de la isla; sembrada

ocasionalmente, se ha extendido a cualquier sitio por pura invasión, dando un fruto lleno de vitaminas que solo aprovechan los pájaros y ocasionalmente algún turista. Se podría decir que a la guayaba le gusta la isla. Como es de imaginar, todo gira alrededor del turismo pero aún así la impronta ancestral y cultural de los descendientes de los moais se mantiene intacta. Me lo dijo Francisco, un cocinero chileno de Antofagasta, casado con una rapanui: “soy bienvenido pero nunca seré considerado uno de ellos, su identidad rapanui es fuerte y cerrada”.

Después, encontré a Marco el del ciber, un rapanui enamorado de su isla; él con ganas de contar y yo con ganas de escuchar. “Rapa Nui es mucho más que los moais”. Con él hablé de que es todo un misterio el traslado de una mole de más de 12 toneladas, “unos tres camiones de peso”, desde las canteras en el norte de la isla a sitios distantes hasta más de 16km. La hipótesis de que se hicieron rodar sobre troncos la descartamos por incoherente pues poco durarían por el peso excesivo, la de que los hicieron pendular soportados por pares de troncos inclinados también porque la máquina funcionaba para abajo pero no para arriba y por la precariedad desequilibrante del sistema donde el moai estaría más tiempo rodando por los suelos que de pié; así que, como él prefirió, lo dejamos en el misterio “es bueno que haya cosas que no se sepa como ocurrió”.



Después está el problema del modelado del moai. Los rapanuis no conocieron los metales así que parece ser que procedían con cuñas de basalto, sus manos, mucho esfuerzo, tiempo y una certera y motivante disposición artística. Pero si casi todo eran artistas, como lo demuestra la gran cantidad de moais esparcidos por toda la isla, si la mayor mano de obra de la isla se dedicaba a modelar piedra ¿qué comían?

Mi sentido práctico de pueblo me lleva a preguntar por cómo se mantenían. Muy buena organización debió de haber del siglo XII al XVII para dar de comer a los que picaban piedra: sólo 1000 personas preparaban comida para 9000. La comida debió ser por entonces un recurso fácil de conseguir. Si de esos 1000, la mitad dirigía o eran sacerdotes, o eran vegetarianos y la isla daba cualquier fruto sin esfuerzo, o los peces saltaban a tierra o ambas cosas a la vez. O quizá sea que, como se mantiene en la película “Rapa Nui”, había sometimiento de unos pocos sobre los demás. Un trabajo en régimen de explotación. De cualquier modo, la tenacidad de los isleños haciendo moais supera toda explicación racional. Con ojos actuales parece una tarea obsesiva.



Si el moai es ya una manifestación cultural sin explicación convincente, la gracia del gorrito que muchos moais lucen es más sorprendente. El pukao, como así lo llaman en Rapa Nui, es una gran piedra colorada de más de una tonelada y forma cilíndrica que colocaban encima de la cabeza de moai.

Cuesta imaginar qué paso para que tanto esfuerzo terminara por los suelos. Los expertos lo interpretan como fruto de una rebelión de los clanes sometidos. Pienso que mucho se tuvieron que enfadar los sometidos para que decidieran destruir obras tan preciosistas y elaboradas con tanto esfuerzo. Creo que las creencias de los que dominaban la isla no casaban con las de sus constructores. Como casi siempre, el mundo de fantasías creado por los sacerdotes distaba de la realidad de los sometidos.



En cualquier caso, durante varios siglos la amalgama orgánica social tuvo que funcionar más o menos bien como prueba el hecho de llegar a registrar en escritos sus actividades y pensamientos. Pero parece ser que las desigualdades sociales acuciantes en el periodo más desgraciado de la isla y las enfermedades, redujeron la población a unos pocos habitantes, con tan mala fortuna, que solo quedaron los que no fueron capaces de dar significado a los escritos, perdiéndose para siempre esa posibilidad, a no ser que se encontrara una nueva piedra roseta. Es probable que lo escrito reflejaba sólo el sentir de la clase dominante hasta el punto que los grabados no fueran de interés para el resto. Otra vez los datos muestran una sociedad muy dividida con un orden que era más bien de dominación de unos pocos sobre otros.

Los moais, como las catedrales europeas o las pirámides de Egipto, también tienen esa lectura que empañaría la gran obra: ésta solo es posible mediante el sometimiento de muchos por unos pocos: la infamia de sostener físicamente al trabajador en condiciones inhumanas para que al día siguiente rindiera otro día de duro trabajo, el lucro de ver cubiertos los deseos más inverosímiles del dominador con el sufrimiento de la masa

dominada. Así, la pirámide, la catedral o el moai, no son manifestaciones tan maravillosas como algunos se empeñan en hacernos creer, sobpena de no ver el contexto infame de donde surgieron.



Amorosos caballitos de Rapa Nui